

*El cine  
contempla al  
hombre y sus  
circunstancias*

MARY G.  
SANTA EULALIA

El cine continúa evolucionando decidido a desarrollar al máximo su potencial expresivo, de modo que no cesa de superar sus primitivas carencias. Como una mariposa, al cabo de cumplir su fase de larva, echa a volar cada vez más perfecto y seductor, hacia el apogeo de la madurez.

En su nacimiento, se contentaba con mirar alrededor, causando asombro al reproducir, con progresiva nitidez, cuerpos y hechos en puro estado natural.

Luego se enriqueció apropiándose de ficciones elaboradas por la fantasía humana, en forma de dramas y comedias que aventajan, en densidad y calidad, a las realidades comunes, a menudo anodinas. Ahora, los realizadores ambiciosos o inconformistas compiten por innovar y multiplicar las posibilidades artísticas, comunicadoras y de amenidad de su producto. El auge que éste sigue experimentando les presiona e impulsa a ampliar sus perspectivas de informar y, también, cuestionar, inquietar. Por ello, quienes elijen una biografía, una época o un acontecimiento

determinado para someterlo a una planificación cinematográfica, no se conforman con contratar al reparto más idóneo físicamente, sino que examinan a cada intérprete en su modo de ser y de estar en su misma vida, tanto como su fisonomía y su figura o su estilo, a fin de que preste el más congruente servicio a su papel.

Sin olvidarse nunca de situar a cada uno en el contexto ambiental — exterior o interior— más efectivo y adecuado, verosímil al ciento por ciento, para tal trabajo.

*El valor añadido del documental*

Así, vemos coincidir esa corriente de armonización, casi hermanada al género documentalista, en Natividad, un film que se ha destacado en titulares

por haber celebrado su estreno mundial, coherentemente, en la Ciudad del Vaticano. Reúne todos los elementos de la tendencia antes mencionada, con los cuales asociar convenientemente personajes, fechas y localización. La directora, Catherine Hardwicke, optó por una actriz neozelandesa de 16 años y, además, embarazada, Keisha Castle-Hughes, para introducir a la Virgen María, y al guatemalteco Oscar Isaac, con rostro que ni pintado de estampa tradicional, para encarnar a San José, en una representación del nacimiento de Jesús. Asimismo, el bebé que descansa en el pesebre de Belén, entre ambos, responde a la corta edad que exige el guión. En esta producción, que se ha querido emplazar en un escenario objeto de devoción y de abundantes referencias sociales precisas, se presta mucha atención a la geografía y a las costumbres rurales y se complementa con datos fidedignos, no citados en los Evangelios, al que llamamos siglo I de nuestra era. Se insertan en el conciso relato de la Navidad, según los textos de San Lucas y San Mateo, en el Nuevo Testamento. Constando tanto el capítulo de la matanza de los inocentes, como la presencia, propiciada por las estrellas, de Melchor, Gaspar y Baltasar, los Tres Magos de Oriente y su reunión con Herodes. Se registran los comentarios de las gentes sobre la esperanza en un Mesías, anunciado por los

profetas, y la opresión que sufría el pueblo judío, esquilado y maltratado por los romanos. De acuerdo con la ya aludida intención de narrar acontecimientos cronológicamente exactos, en ámbitos lo más correctos posible, tanto los paisajes como la decoración y el vestuario han sido cuidadosamente estudiados. Los primeros aprovecharon territorios del sur de Italia, que sirvieron con anterioridad para otras películas, también versiones de la Historia Sagrada, como El Evangelio según Mateo, de Pier Paolo Pasolini y, más recientemente, La Pasión de Cristo, de Mel Gibson.

Algunas otras secuencias se tomaron en Ouarzazate (Marruecos). Por ejemplo, la del desierto que recorren María y José, con el recién nacido, en su huida a Egipto. También las correspondientes a la aldea donde habitaba Isabel, la prima de María, que pertenecen al oasis de Fint. La modernización actual de Jerusalem, Nazaret y Belén imposibilitaron el traslado allí de las cámaras, porque en nada recuerdan al pasado que se trataba de recuperar. Seculares investigaciones de arqueólogos, historiadores, teólogos, en general, y asesores y expertos de los lugares mencionados, en particular, contribuyeron al diseño y edificación de las viviendas y demás construcciones locales, en las condiciones en que estaban entonces. Palmeras, olivos y viñedos aportan su grano

de arena a este propósito de autenticidad que defendió con plausible empeño Catherine Hardwicke, aunque el círculo de lo sacro en que se movía, sin duda, contuvo sus aspiraciones a una mayor libertad en la manifestación de las emociones por parte de la pareja protegida por los ángeles.

### *Difusión de un lamento popular*

Para The Queen (La Reina), Stephen Frears se rodeó de una acreditada actriz surafricana, Helen Mirren (que se tomó personificar a Isabel de Windsor, II del Reino Unido, con tal rigor que mereció la Copa Volpi como Mejor Actriz). Junto a ella, Michael Sheen (que por segunda vez actúa como Tony Blair), James Cromwell (en el papel de príncipe consorte, Felipe), Alex Jennings (que incorpora al heredero, príncipe Carlos), Helen McGrory (como Cherie Blair), Roger Allam (como Sir Robin Janvrin), Sylvia Syms (como reina Mary), Tim McMullan (como Stephen Lamport), Robin Soans ( como secretario privado de Su Majestad), y un largo etc. de funcionarios y personas de servicio en palacio, y alguna en el entorno del primer ministro. Todas ellas imprescindibles para filmar una rara crónica, la de un eco, el que produjo, en Gran Bretaña, el accidente mortal sufrido por la princesa Diana de Gales, en París. El guión de Peter Morgan recibió la mejor calificación y el premio del Festival

Internacional de Venecia de 2006. Frears resuelve donosamente el conflicto resultante de la interpretación malévola hacia la reina, por aparecer insensible ante una pérdida que lloraba multitudinariamente el país entero y el resto del mundo. No comprendía el pueblo británico su despego hacia la ex-esposa del príncipe Carlos, el heredero de la corona, y madre de sus nietos, Harry y William.

Frears, indiscutible simpatizante de los promotores del Free Cinema y de la generación de los intransigentes que miraban hacia atrás "con ira", no se ha alejado en este su último largometraje conocido de la línea de independentismo crítico que animaba a ambos grupos. Pero la ha utilizado para guardar distancias y mantener una posición de neutralidad y equilibrio digno. Disponiendo de un fondo privilegiado de material, probablemente confidencial, sobre la situación creada por el suceso, los implicados en ella y sus respectivas reacciones, arranca el film, a partir de la fecha de la muerte de Lady Di. Sigue con el instantáneo y espontáneo desbordamiento de pesar del pueblo que, compadecido por la tragedia de la princesa, se manifiesta, sin ocultar sus reservas, por la frialdad de la familia real, su inhibición ante el suceso, su retirada a Balmoral y la falta de cualquier señal o indicio de acto protocolario, con carácter

nacional, de recuerdo por la ilustre desaparecida. La película observa estas dos posiciones contrapuestas exponiendo, comprensivamente, las razones que alega Isabel II, sin hacer juicios de valor.

Pero resalta, en su momento, el penoso efecto que causa en ella la protesta creciente de las masas, explícita en las tarjetas y envoltorios de papel de las toneladas de ramos de flores depositados a las puertas de Buckingham Palace, en Londres. Finalmente, convencida por el bienintencionado acoso del nuevo primer ministro, Tony Blair, accede a poner luto en la Corte, concediendo la celebración de un funeral oficial en la abadía de Westminster.

La exhibición de las dos formas de comportamiento y los concurrentes sentimientos de unos y otra, ponen al descubierto sus motivaciones y ese es un punto o grado más de ayuda para el entendimiento de la cuestión sin que se capte mensaje con carga de definiciones radicales de negro contra blanco. Pues en aquella ocasión concreta, Frears no niega que se barajaban, además, consideraciones de interés político, ya que era notoria la disparidad de las posturas. Conducían hacia una hostilidad abierta y directa contra la institución monárquica, por un lado, y por otro, la insistente intervención del Primer Ministro socialista,

beneficiaba a su partido, a la hora en que acababa de volver al Gobierno, después de una larga ausencia de él.

Integrada en los 2.664 metros del film, circula una buena colección de observaciones sobre la soberana británica, básicas para conocerla. Sobre su oficio, al que ha prometido dedicación para toda su vida; su afición al campo y su autonomía; su amor por los animales, así como su pudor, para mostrar su debilidad.

La popularidad de Lady Di fue de tanta magnitud que no podía dejar de impresionar al mundo del cine, y este mismo otoño, Francia la ha puesto en las carteleras en una comedia de situaciones, en tono menor, sin grandes presupuestos. Ningún lazo de unión con la obra de Frears. Valérie Lemercier, dando muestras de una vocación laboral admirable, escribió el guión, en colaboración con Brigitte Buc; dirigió la película y se reservó el puesto de protagonista en Palacio Real. Amable e inspirada superficialmente en Diana Spencer, maneja a un equipo de actores distinguidos, como Catherine Deneuve, Lambert Wilson y Michel Aumont, que le prestan no sólo sus nombres, sino profesionalidad y acierto en la aplicación de humor.

### *El caso del buen samaritano*

Después de traer a colación un tema religioso, el más oportuno

en este diciembre del año 2006; otro, político, en el décimo aniversario de la muerte de Diana de Gales (también recordada con humor francés), se abre sitio un tercer argumento en el que se ve vivir a gente corriente, simplemente inmigrantes. Quinceañera tiene un muestrario de situaciones variopintas que van atravesando unos pocos meses de vida de una jovencita de 15 años. Su humor permanece en el trasfondo de la historia y es menos trivial que el de Valérie Lemercier. Su testimonio de experiencias ingratas acaba sustituido por un caso de nobleza que se impone como ejemplo de reconciliación para toda una familia. La realizaron Richard Glatzer y Wash Westmoreland con una medida de síntesis hasta límites de exactitud pocas veces tan notable. Sin retirar en el montaje nada significativo y necesario para su total comprensión, esta cinta data de hoy mismo y sus personajes son inmigrantes mexicanos en Estados Unidos. Entre ellos se relacionan variados temperamentos y caracteres y cada cual se defiende como puede ante coyunturas críticas, de orden familiar, económico, sentimental o moral. Lo más esencial se resuelve y se pone en orden alrededor de la tumba de un pariente que es la encarnación del buen samaritano en el más completo sentido del término.

También tiene mérito que se desenvuelva en el territorio latino de la clase social retratada, en Echo Park (Los Ángeles), con

unos intérpretes de nivel superior al ordinario: Emily Ríos (Magdalena), Jesse García (Carlos), Chalo González (tíoTomás), que emplean las lenguas inglesa y española, intercambiables, que hacen uso de costumbres de las dos culturas. En el prestigioso Festival de Cine de Sundance de 2006, este largometraje obtuvo el Gran Premio del Jurado y el del público.

El séptimo arte todavía admite legados de otros núcleos de creación aunque ya posee caudales que prodigar. Lo hace bien cuando da noticias; nada le impide actuar como un medio rápido de información. En una medida cada vez mayor, está al tanto de cuanto ocurre en los más diversos espacios; recibe, registra y funciona como un excelente relator de acontecimientos. En sus más de cien años ha acogido pintura, música, teatro y ha acumulado unos archivos donde se conservan prodigios. La Historia dispone de muchos rollos para repasar sobre guerras, paces y otras aventuras. La película La Reina, por ejemplo, no deja nada que desear como biografía de Isabel II. El cine sigue creciendo.